

tro culto á la Virgen de Judá, á la Madre Inmaculada del Inmaculado Verbo.

Estas son las profecías; pero antes que éstas, y paralelamente á éstas, encontramos aquellas figuras que arrebatan, y que designan ya á la predeterminada Virgen: Eva, por haber sido creada modelo de gracia y de belleza, y porque aquellas generaciones que ella hiere y esclaviza, María las sana, y las liberta: Sara, porque es la madre del hijo que más exacta y más hermosamente ha figurado á Cristo, Isaac divino de la Nueva Alianza: Rebeca, porque el cielo y los ángeles han conducido los interesantes sucesos de sus graciosas bodas: Raquel, por aquella bondad y aquel candor que cautivaban los corazones, y porque es la madre de José, el más acabado tipo, quizá, del Salvador del mundo: y Débora, en fin, porque mereció ser llamada la Madre de Israel; y Judith, porque su pensamiento constante es salvar á su nación oprimida; y Esther, porque es Reina, y porque es humilde y misericordiosa, y porque también liberta y engrandece á su pueblo.

Y en pos de las figuras vienen los más hechiceros emblemas; el Paraíso con sus ríos, que son en María las corrientes de la gracia divina; la Nave salvadora, y la Paloma que trae el ramo de oliva; el Arco iris, secreto de esperanza, con sus franjas de luz; la Escala de Jacob, que une á la tierra con el cielo; el Arca de la Alianza, con el oro que sirve para socorrer, y con la doctrina que

enseña y purifica; la Puerta oriental del templo, donde Ezequiel recibía sus inspiraciones, y por la que sólo pasaba el Rey Altísimo; la Fuente misteriosamente sellada, y el Jardín de deliciosos perfumes; la naturaleza toda, en suma, con sus mares, con sus campos, con sus aves, con sus verjales y con sus flores.

Pero en lo que María, Señores, muestra la luz clarísima de sus orígenes sobrehumanos, eclipsando todos los resplandores fugaces de las falsas divinidades; en lo que se manifiesta evidentemente como Hija del verdadero Dios y como Madre de un Dios verdadero, es en que, delineada, descrita con prolijo esmero en la Alianza Antigua, ha justificado todas aquellas semejanzas, ha sobrepujado todas aquellas perfecciones, ha dado testimonio cumplidísimo de que era la Virgen prefigurada, la Única sin mancilla, escogida para Madre venturosa del Deseado de los pueblos: no de otro modo que habían de realizarse en Jesús, con exactitud rigurosa que pasma y que conmueve, todas las predicciones y todas las maravillas que dijeron de Él los más grandes Profetas.

Porque al recibir María su existencia en medio de los tiempos, Ella pasa su primera infancia entre almas justas que parecen no pertenecer á la tierra, leyendo preces y Salmos sobre las rodillas de una madre amorosa, según nos la han retratado celeberrimos pintores; vive luego con los ángeles en el retiro del Templo; mora después con

un esposo justo, casto como las vírgenes; abísmase ó élévase, en las gradaciones de la virtud y la oración, ante la Santidad Eterna y el Bien Sumo; concibe por los hálitos misteriosos del Espíritu Divino; recorre los caminos del Evangelio prodigando bienes como Jesús; sufriendo como Él; ayudándole de algún modo á redimir, por la caridad y el dolor; triunfando como Él de la muerte por una Asunción maravillosa y una Coronación radiante en los cielos. Y cuando la Iglesia de Cristo está ya formada en las Catacumbas, consagrada en Antioquía y en Roma, regida por un Vicario infalible del Pastor Divino, floreciente en las ciudades de Grecia, victoriosa y magnífica en el Asia por la palabra dulce y por el ardiente amor de Juan Evangelista, María ocupa natural y públicamente en los altares el preferente lugar que le corresponde en las sociedades cristianas. Jesús será siempre, para los corazones que creen, el Redentor Único y Absoluto; sólo Jesús morará real y substancialmente en los Tabernáculos hasta el fin de los siglos, porque sólo Él es, con el Padre y con el Paráclito, el Dios Omnipotente y Sapientísimo; pero las primeras miradas del espíritu atribulado, de las almas afligidas, de las naciones amenazadas, de las sociedades que peligran, serán siempre para la celestial María; así como acude el hijo á los brazos de la madre antes que á la potestad paterna, en las nubes que suelen oscurecer el cielo del hogar, y en la tribulación que

allí produce inquietudes ó lágrimas. San Bernardo, hermanos míos, complacíase frecuentemente en expresar este hermoso concepto, con aquellos enérgicos fervores que acaso no han sido permitidos sino á las almas más copiosamente colmadas de los dones del Espíritu Santo.

Recorrer detenidamente la historia de ese culto; meditar sobre la fecundidad suavísima del Patrocinio de la Virgen María, es goce inenarrable de los corazones piadosos. La devoción de esa Madre tan tierna fué ya brillante luz y fuerza poderosa de la vida y de la sociedad cristiana, desde Nerón hasta Diocleciano; y los mártires, víctimas de esos Césares crueles, al mismo tiempo que imploraban del Señor la fortaleza y la constancia, elevaban oraciones fervientes al Trono de su Reina, la cual recibía con Jesús el último suspiro de los confesores de la fe. María contribuyó á juntar, como en haces de luz, los artículos de Nicea, y el Símbolo de Constantinopla, y las declaraciones de Éfeso. María iluminó á los grandes apologistas de los primeros siglos, desde Ignacio de Antioquía y Justino de Naplusa hasta San Metodio y San Cipriano; y ella pareció alcanzar alas de ángel para San Efrén, San Epifanio, San Gregorio de Nazianzo y San Juan Damasceno, que cantaron asombrosamente sus glorias. La Virgen María con su indecible dulzura y con el prestigio de sus sobrenaturales gracias, fué infiltrando más y más en las legislaciones aquel espíritu de justi-

cia y de equidad, de compasión y misericordia. que venía ya infundiendo el Cristianismo en las duras leyes de Roma, sobre la esclavitud y la familia. De María puede decirse que venció con la influencia personal de sus prerrogativas y de sus virtudes, tan sublimemente ensalzadas por San Jerónimo, San Agustín y el Crisóstomo, venció, digo, todas aquellas conjuraciones heréticas del siglo V, tramadas por Pelagio, Vigilancio, Nestorio, Eutiques y Dióscoro. Y desde entonces hízose patente al mundo que la devoción y el culto de la Madre del Divino Verbo son la humillación y la derrota de todas las herejías y todos los heresiarcas; puesto que aquel monje sirio, aquel funesto Nestorio, encumbrado á la Silla Patriarcal de Constantinopla, y que por su soberbia y por su influjo tenía todo el Oriente en su mano, perdió al cabo su honor y su renombre por combatir la dignidad de la Virgen María; monstruoso error que, conforme á los fines adorables de la Providencia del Altísimo, sirvió para dar á la Cristianidad entera esta humilde y preciosa fórmula de orar, compuesta por los Padres de Éfeso, y que es la primera súplica que sale de los candorosos labios del infante cristiano: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amen.

Siguiendo nuestro rápido examen, diremos que bajo la devoción de María se formaron aquellos colosos de la santidad ó de la ciencia que desde

el siglo VII hasta los últimos siglos, esto es, desde San Isidoro y Alcuino hasta San Anselmo y Lanfranc, desde San Bernardo y Santo Tomás de Aquino hasta Bossuet y Suárez, desde San Francisco de Sales y San Alfonso de Liguorio hasta Chateaubriand y Balmes, poseyeron todos los ramos del saber, y todas las galas de la imaginación, y todos los encantos de la elocuencia.

Bajo la sombra protectora de esa Virgen surgieron los fundadores de Institutos religiosos, en sus diversas formas: Antonio Abad, Pacomio, Basilio, Benito, Bernardo, Juan de Mata, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Pedro de Nolasco, hasta llegar á Ignacio de Loyola, Felipe de Neri, Juan de Dios, Teresa de Jesús, José de Calasanz y Vicente de Paul, con las insignes fundadoras de los dos postreros siglos; creaciones, Señor Excelentísimo, que han abarcado las esferas todas de las actividades laudables y provechosas, ya dilatando respectivamente los mundos de la inteligencia, ya haciendo campañas de los desiertos, y refugios salvadores de las ásperas montañas, y lugares de dulce júbilo y de recreación devota de las quebradas y las selvas; sin poder olvidar tampoco que de esos benéficos planteles fueron saliendo asimismo aquellos dulces misioneros cuyos pasos dejaban indeleble estela de caridad heroica; que, despreciando la muerte, expiraban sonriendo como los mártires que cantó el poeta español Prudencio; y que si no siempre consiguieron ceñir esa

sin par corona, fué porque los destinaba el cielo para producir frutos abundantísimos en más necesitadas heredades.

¿Y quién podría enumerar, Señores, las mil apariciones de la Virgen María en los siglos de nuestra Reconquista, y los justos títulos con que las almas inflamadas renovaron su culto, y los sencillos y pintorescos santuarios que se erigieron con su nombre, y los milagros incesantes, notorios, imponentes por su majestad, ó conmovedores por su ternura, con que se dignó favorecer á los individuos y á los pueblos? ¡Oh! Esta singular historia suspende y arrebató el ánimo, nos subyuga ó nos cautiva, porque en su fondo vemos jugar á cada instante los pastores con los ángeles, ó prestar un paso enjuto los caudalosos ríos, ó iluminarse la gruta y la albarrada, ó ya se escucha el sonido de una campana invisible en los bosques ó en los valles, que invita á los corazones cristianos para poseer las riquezas de un tesoro celeste y para bendecir las misericordias inexhaustas de una Madre amantísima.

Para decirlo de una vez, hermanos míos: la Virgen Madre del Encarnado Verbo comunica su gracia, su influjo, su poder, á todas las cosas de la tierra y del cielo, á la naturaleza creada, á la razón del hombre, á los puros espíritus: y bastaría ciertamente á mi amor y mi fe fijar la vista en las producciones más privilegiadas del genio, en las Vírgenes de Murillo, en las *Madonas* de Ra-

fael de Urbino, en las Concepciones de Montañés, para entrever y confesar que la Virgen María gira por el circuito de las sobrenaturales alturas, y domina hasta las profundidades del abismo, y es la Reina de los ángeles, y el asiento de la sabiduría, y el prototipo de la santidad, y el ideal de toda belleza, y la restauración y la salud de cuanto languidece y enferma moralmente en los caminos de la existencia humana.

Ved, pues, Señores, si con toda razón y con toda justicia la Iglesia de Jesucristo vino declarando y extendiendo por toda la sucesión de los siglos el Patrocinio de la Virgen María; si al llamarla todas las generaciones «bienaventurada,» y al buscar en su invocación y en su regazo la vida, la dulzura, la esperanza, los secretos de la ventura eterna, no acataban la voluntad del Señor, no adoraban los designios de una Providencia solícita, no llenaban los más estrictos deberes de un corazón amante y un alma agradecida. Pero nosotros, hijos de la nación devota por excelencia de la celestial María, habremos de examinar aquí cómo los singulares favores de esa Virgen han esclarecido los anales de nuestra Historia, han inundado el libro inmortal de nuestras tradiciones; y cómo esas graciosas mercedes, sin límites como el espacio, sin fondo como lo infinito, han hecho de los hijos de la antigua Hesperia, no me atreveré á decir los hijos predilectos de María, la nación más amada de María, porque María

ama á todos los que la aman, pero sí las almas más ardientes, los corazones más entusiastas, el pueblo que mientras más abatido é infortunado, mientras más sumido en la aflicción y la desgracia, más confía en su rehabilitación y en su engrandecimiento futuro, por virtud del Patrocinio y el amparo de su siempre venerada y siempre clemente Madre. Oídlo y juzgad.

La Virgen María santificó ya con su planta, viviendo aún sobre la tierra, las orillas de uno de nuestros ríos más célebres; y esa huella bendita fué alimento de nuestra fe, y guía de nuestras razas, y resorte de nuestras victorias. Ella hizo ya de Santiago el Mayor, por cuyas venas circulaba también la sangre de David, el más invencible caudillo de toda nuestra historia, caudillo de la palabra y de la unción evangélicas para ganar las primeras almas de los belicosos Celtíberos á la fe del celestial Maestro; caudillo más tarde de la guerra para sacar triunfantes, en nuestras más rudas batallas contra la Media Luna, los estandartes de la Cruz. Bajo la devoción de María se formó el espíritu gigante del obispo Osio, que brilló ya en el Concilio de Ilíberi, que presidió el Sínodo de Nicea, y que no temió nunca las perfidias del arrianismo, ni los enojos injustos de los Emperadores. A la sombra del culto de María se dilataba á un tiempo la inteligencia y la piedad de San Ildefonso, quizá el más grande y más encendido apologista de la Madre de Dios, honrado por

Santas que salen de sus sepulcros, en presencia de los Reyes, y enaltecido por la Virgen María en presencia de los ángeles. María recibió, acaso, el suspiro postrero del arrepentido Leovigildo, y acrecentó luego la sólida virtud de nuestros Monarcas godos, Recaredo, Suintila, Sisenando, Recesvinto y Chindasvinto, bajo los cuales florecieron aquellos Concilios Toledanos, en que la Disciplina eclesiástica formaba con las Leyes patrias la más maravillosa obra.

Cuando los huracanes de Oriente trajeron tantas tribus guerreras y fanáticas desde Arabia hasta Persia, hordas que, atravesando bien pronto los pueblos africanos por aquella Cartago famosísima, donde diríase que aún vivía la figura legendaria del Aguila de Hipona, pasaron sobre el Estrecho en alas de la felonía y la traición y se extendieron por nuestra Península, las imágenes de la Virgen María serán escondidas como en los días de las Catacumbas, para reaparecer más adelante entre prodigios y júbilos; pero los pendones y banderas de la Madre de Dios ondearán gallardamente en los aires, al lado de las banderas de la Cruz, como santa y libertadora enseña. Pelayo lo tremoló victorioso en las estribaciones del Auseba, y su piadosa hija Ermesinda lo entregaba á su esposo Alfonso I, como la más eficaz prenda de los futuros triunfos. Escudado con la devoción de María, acometió igualmente la obra de la Reconquista, al pie de los Pirineos españo-

les, el intrépido Garci-Jiménez, digno, por su fe y por sus virtudes, de ser favorecido con la aparición de aquella Cruz misteriosa que le saca vencedor de los árabes: y Alfonso el Casto llevó sus armas triunfadoras hasta la antigua *Olyssipo*: y Ramiro I, el debelador de los Normandos, asistido del sobrehumano guerrero, del gran Apóstol que nos engendró en la fe, gana aquella batalla de Clavijo, que podrá ser discutida por la crítica, pero que es autorizada por la Historia Eclesiástica y por la Sagrada Liturgia: y Alfonso el Magno, el de las treinta campañas, pudo divisar las tierras andaluzas desde la cordillera Mariánica, como vió Moisés, desde la cumbre del Nebo, la tierra prometida.

Luchando todavía tres siglos bajo los estandartes de la fe cristiana, siglos en que brilla singularmente la figura de Alfonso VII, Emperador esforzado y piadoso, y en que tienen sus comienzos nuestras Órdenes Militares, llegamos á los felices días del siglo XIII. Alfonso VIII y los Reyes de Aragón y Navarra dieron una página imperecedera á la Historia, y los motivos de una dulce Festividad á la Iglesia; y al Triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa ha cooperado poderosamente el Estandarte de la Virgen María. En la devoción y el amor de esa Madre dulcísima educó Berenguela de Castilla á Fernando III, y el primer cuidado del Rey Santo es plantar las banderas de la Cruz sobre las aljamas musulmanas, y

elevant sus homenajes á aquella Virgen bendita, cuya venerada efigie iba siempre conducida al frente de sus ejércitos. Así el padre del Rey Sabio pudo llevar á feliz término aquellas magníficas empresas que, al cabo de algunos años de épica y porfiada lucha, devolvieron al Cristianismo las ciudades de Córdoba, de Sevilla y Jaén; de igual modo que Jaime I ganaba para Cristo las ciudades de Mallorca, de Murcia y de Valencia. Y fué al fin, dos siglos más tarde cuando, por inesperado modo, por providenciales secretos, en un reinado debido á cien discordias en Aragón y Castilla, unos Príncipes que recibieron respectivamente su sangre de corazones rencorosos ó débiles, unieron en un idilio de legítimos amores, é hicieron de España la corona más rica y envidiada de todas las naciones de Europa. Para ultimar las glorias de nuestra Reconquista, los Católicos Reyes Isabel I y Fernando V siguieron sin desmayo las huellas de celo y de heroísmo de sus más egregios antecesores; y los misterios de nuestra fe y el incesante culto de la Virgen María presidieron á aquella epopeya grandiosa de dos lustros, donde brillaron los más famosos guerreros de todas las edades. Como fervientes y muy especiales paladines de la Madre de Dios asombraron á las generaciones Hernando de Pulgar y Garcilaso de la Vega, que enriquecieron con sus hazañas, para defender las glorias de la Virgen sin mancilla, el libro de nuestra Historia nacional y los